

REVISTA DE DERECHO

AÑO XVI

ABRIL - JUNIO DE 1948

N.º 64

DIRECTOR: SR. ORLANDO TAPIA SUAREZ

COMITE DIRECTIVO:

SRES.

ROLANDO MERINO REYES

JUAN BIANCHI BIANCHI

VICTOR VILLAVICENCIO G.

QUINTILIANO MONSALVE J.

ESCUELA TIPOGRAFICA SALESIANA - CONCEPCION

CORTE DE APELACIONES DE CONCEPCION

CONTRA MARIO LETELIER OÑEDERRA

HOMICIDIO DE AMADEO SEGUNDO AGUILAR HIDALGO

Apelación sentencia definitiva.

**EXIMENTES DE RESPONSABILIDAD PENAL — LEGITIMA DEFENSA PROPIA — AGRESION ILEGITIMA — AGRESION FISICA — AGRESION MORAL — FUERZA IRRESISTIBLE O MIEDO INSUPERABLE — SAN-
CION MORAL Y PSICOLOGICA — ADULTERIO DE LA MUJER — DELITO INFRAGANTI — ATENUANTES DE RESPONSABILIDAD — VINDICACION PROXIMA DE OFENSA GRAVE—ARREBATO Y OBCECACION—IRREPRO-
CHABLE CONDUCTA ANTERIOR — CELO DE LA JUSTICIA — AGENTES Y EJECUTORES DE LA JUSTICIA — SUSPENSION CONDICIONAL DE
EJECUCION DE LA PENA.**

DOCTRINA.—La circunstancia eximente de responsabilidad criminal, denominada legítima defensa propia, exige, como condición sine qua non, la previa agresión ilegítima de la víctima, por lo cual, siendo notorio que el autor del ataque inicial fué el reo, y la víctima quien procedió obligadamente a defenderse, no puede aquél ampararse en el ejercicio legítimo del derecho de defensa

para justificar su delito, ya que el acometimiento que provocó el duelo mortal fué suyo, y siendo así no estuvo de súbito abocado racionalmente al imperativo de impedir o repeler un atentado en contra de su existencia o derechos.

Para establecer la existencia de la legítima defensa no es dado considerar, en el caso de autos, la permanente agresión moral a

los derechos del marido, invocada por la defensa, con motivo de la conducta observada por la víctima en sus relaciones ilícitas con la cónyuge del reo, porque la circunstancia liberatoria de responsabilidad, en virtud de lo prescrito en el número 4.º del artículo 10 del Código Civil, supone exclusivamente un acometimiento o ataque físico a la integridad corporal de la persona o derechos del que se defiende, que coloca al ofendido en el trance extremo de hacerse inmediata justicia personal, en defecto de otras posibilidades eficaces y oportunas que lo protejan.

Tampoco puede aceptarse la existencia de la causal de inimputabilidad prevista en el número 9.º del mismo artículo 10 del Código Penal, si el reo aparece obrando libre y espontáneamente a través de las realidades procesales, sin coacción ni impulsos extraños que pudieran cohibir su voluntad y obligarlo a actuar como un simple instrumento de los factores externos de fuerza irresistible o miedo insuperable. Fundado, igualmente, este capítulo de la defensa, en la situación moral y psicológica del reo, y en sus inquietudes ante el honor mancillado por el comportamiento de su rival, cumple prevenir, que aun cuando estos elementos éticos pu-

dieran lógicamente impresionar de tal manera al agente del homicidio que lo movieran a reaccionar violentamente en vindicación del honor, carecen de los atributos de una fuerza irresistible que, privando de libertad al malhechor, lo obligara violentamente a delinquir.

El citado precepto legal considera sólo el caso de la anulación de la voluntad del imputado por la fuerza o el miedo, cuando estos factores son de tal gravedad que, manifestándose con caracteres de irresistibles e insuperables sobre la persona del sujeto, son los determinantes de la acción delictual, porque el hombre no puede contrarrestarlos; situación que no fué la producida en la especie, ya que ninguna fuerza extraña violentó al reo, obligándolo coercitivamente a atacar a la víctima, y ningún miedo insuperable pudo impulsarlo, porque al acometer libremente en contra de esta última nada había en el ambiente que lo poseyera de espanto o terror, susceptibles de trastornar o confundir su espíritu de manera tan grave que, dominado por esa emoción, debiera fatalmente disparar su arma en contra de aquélla.

Los argumentos fundamentales, primero en la situación psicológica del reo frente al amigo de su consorte, y en su situación

HOMICIDIO

249

material, después, durante los azares de la contienda, no son valederos para justificar este motivo de exención de responsabilidad criminal, porque, además de haberse demostrado la inexistencia de la fuerza material o moral determinante y el miedo insuperable, es necesario decir que el adulterio de la mujer es causal eximente de responsabilidad del marido en el único caso de ser sorprendido infraganti, en las condiciones preestablecidas en la ley, razón por la cual no puede ser invocado para estos efectos, sino cuando el caso coincide con el previsto en el artículo 10 N.º 11 del Código Penal; y que únicamente es dado considerar, para estos objetivos, las influencias anteriores o simultáneas a la iniciación del hecho punible, no así las contingencias que sus protagonistas han de afrontar durante el desarrollo de la escena, máxime cuando ésta es materialmente provocada por el que alega la excusa y las hipotéticas adversidades no se acreditan.

No concurriendo ninguna de las condiciones o requisitos necesarios para eximir de responsabilidad al reo, tampoco puede operar en su favor la atenuante definida en el N.º 1 del artículo 11 del Código Penal, dado que para ello es esencial que se manifieste

en cada caso por lo menos uno de los requisitos exigidos por la ley para que obre la eximente.

Siendo evidente la certidumbre que el procesado tenía acerca de la deslealtad e infidelidad de su consorte, y de la intervención activa en ellas de la víctima, en los momentos en que los sorprendió juntos en el lugar de los hechos y constató de visu la efectividad de esas relaciones, lesivas a su dignidad marital y mortificantes a su honor, cuya sola realidad importa una ofensa grave, es necesario concluir que obró delictualmente en vindicación próxima de dicha ofensa, resultando favorecido, de esta manera, con la causal de atenuación expresada en el artículo 11 N.º 4 del Código Penal.

La emoción producida en el marido por la evidencia de la persistente infidelidad de su legítima mujer, en connivencia culpable con la víctima, es típicamente de esos estímulos tan poderosos e invencibles que, por naturaleza, son causa de arrebató de la voluntad y obcecación de la inteligencia del agente del delito, cuyo ofuscamiento o descontrol representa un estado psicológico de excepción que el Derecho Penal considera, muy justificadamente, como una circunstancia que aminora la gra-

vedad del acto, por el significado subjetivo de su concurrencia.

Los buenos antecedentes del procesado sólo pueden contribuir a atenuar su responsabilidad, pero no obran en abono de las causales eximentes alegadas por la defensa de aquél, ya que su efecto propio no puede ser otro que el expresamente determinado por el Código Penal.

La atenuante del N.º 10 del artículo 11 del Código Penal, favorece exclusivamente a quienes delinquen en carácter de ejecutores de la justicia o agentes de ella, al excederse su celo funcionario en la observancia de sus deberes propios, sin que puedan asilarse en ella los que, no revistiendo ninguna de esas calidades, ejecutan actos que traducen únicamente su personal reacción frente a agravios y ofensas reiterados de que los hubieran hecho objeto la víctima y otras personas.

Concepción, dieciseis de Julio de mil novecientos cuarenta y siete.

Vistos:

Se reproduce lo expositivo del fallo de primera instancia, sus fundamentos signados con los números 1.º y 2.º y sus citas legales, con excepción de los artículos 24 y 76 del Código Penal, 112,

114 y 126 del de Procedimiento sobre la materia, y se tiene en consideración:

1.º) Que también son inadmisibles las tachas deducidas en contra de María Canales Contreras, porque el acusado Mario Letelier Oñederra que las formuló no ofreció pruebas para acreditarlas como perentoriamente lo exige el artículo 493 del Código de Procedimiento Penal;

2.º) Que la muerte violenta de Amadeo Segundo Aguilar Hidalgo, por obra de tercero, es un hecho de la causa, comprobado mediante los testimonios siguientes: a) parte policial que denuncia el homicidio ejecutado por Mario Letelier; b) acta de reconocimiento judicial del cadáver, practicado por el Juez de primera instancia; c) certificado de inscripción del fallecimiento, por herida a bala del cráneo y tórax; d) dictamen de autopsia que acusa tres lesiones externas por arma de fuego y sus correspondientes destrozados irreparables en el interior del cuerpo, causantes de hemorragias que, a su vez, provocaron la anemia aguda, y la muerte consecutiva; e) testificación de María Canales, que presenció la iniciación del drama, y vió que Letelier disparó dos veces su revól-

HOMICIDIO

251

ver en contra de Aguilar; f) declaración de Delfín Muñoz González, propietario del hotel, teatro del suceso, en que asevera haber visto entrar a un joven acompañado de dos mujeres, oír después dos disparos, en su concepto de revólver, observó un tumulto de dos desconocidos y se apersonó a un individuo de mantita que salió a la calle, y cuyo nombre de Mario Letelier conoció después, el que requerido por él, le entregó un revólver cargado con todos sus proyectiles y en seguida pasó al juez inferior señor Navarrete otra arma que llevaba consigo, y que de regreso al hotel vió a Aguilar arrollado en la galería, donde advirtió huellas de sangre; y g) Olga de Ruyt de la Cruz, mujer del anterior, manifiesta que oyó un disparo hecho al parecer desde la puerta del hotel, vió a dos hombres luchando en el suelo, hizo curaciones a Aguilera, y habló con Letelier, quien se excusó de lo que había hecho en su establecimiento, pues no le había sido posible encontrar en la calle a Aguilar.

3.o) Que con este cúmulo de pruebas, y en presencia de lo prescrito en los artículos 391 del Código Penal, 110, 457, 459, 473, 474, 476 y 477 del de procedimiento del ramo, queda definiti-

vamente demostrada, dentro de este juicio, la existencia del delito de homicidio imputado a Mario Letelier Oñederra, dado que lo configuran precisamente los hechos establecidos a través de todos los testimonios analizados.

4.o) Que la pesquisa judicial ha sido orientada exclusiva y directamente en contra de Letelier, quien está confeso de haber disparado su revólver a Amadeo Aguilar, con el que luchó tenazmente en la galería del Hotel Andino de Monte Aguila, y admite en seguida que su adversario quedó postrado en el suelo al final de la contienda, y que en esa posición lo hizo blanco de los últimos proyectiles que en su arma quedaban.

5.o) Que no fué probado el acto defensivo de la persona y derechos del reo Letelier Oñederra, porque en la escena delictual el agresor fué éste y no la víctima, conclusión a que se arriba atendiendo al modo en que verosíblemente acaecieron los hechos, y demás particulares considerados en el artículo 482 del Código de Enjuiciamiento Criminal, tal como se demostrará en seguida.

6.o) Que las declaraciones de Lucía Vega Blanlot, María Cana-

les, y del propio enjuiciado demuestran elocuentemente que este último llegó al Hotel Andino de Monte Aguila en las primeras horas de la noche del dos de Enero de mil novecientos cuarenta y seis, armado de revólver, en persecución de su consorte y de Amaden Segundo Aguilar Hidalgo, de cuyas relaciones clandestinas ya estaba en conocimiento.

7.o) Que María Canales, testigo ocular, asevera categóricamente que Letelier entró al hotel, momentos después que su mujer, acompañada de Aguilar y la declarante, habían llegado, sacó inmediatamente un revólver del cinturón y le disparó dos balazos sucesivos al amigo de Lucía Vega, a quien ésta acompañaba en la galería de la casa.

8.o) Que, por su parte, declara Olga de Ruyt de la Cruz que, consumada la acción delictuosa, le manifestó el acusado sus excusas por haberla realizado dentro del hotel; pues "no alcanzó a pescar a Aguilar en la calle".

9.o) Que los testigos Delfin Muñoz y Alberto Estrada, acordes con el acusado, informan que éste estaba en posesión de dos revólveres, con ocasión de consu-

marse el homicidio, uno de los cuales correspondía al de la víctima, según lo reconoce el propio Letelier cuando afirma que desarmó a su contendor y guardó el arma en un bolsillo de su ropa y es ésta precisamente la que estaba provista de su carga completa de proyectiles, en circunstancias que el utilizado por el reo quedó con todas sus cápsulas vacías, según consta del parte policial de fojas 3 y declaraciones de Delfin Muñoz y del procesado, quien a su vez, agrega que ignora si Aguilar alcanzó a hacer uso del revólver, antes de que fuera, por él, desarmado.

10.o) Que José Andam Yasin, corroborando afirmaciones de Letelier, dice que efectivamente, facilitó a éste un revólver "Colt", provisto de seis tiros, y su cartuchera correspondiente, el mismo día dos de Enero de mil novecientos cuarenta y seis, y a petición del reo.

11.o) Que todos estos datos, reproducidos desde el considerando 6.o, demuestran en términos indubitables que el acusado Mario Letelier Oñederra conocedor de la inteligencia amorosa de su mujer con Amadeo Segundo Aguilar, según así se deduce de lo declarado por la propia Lucía

HOMICIDIO

253

Vega de Letelier y testigos Amataista Hidalgo, Julia Cares, Guillermo Merino, María Canales, Fermín Parra, Miguel Cabezas, Rubén Herrera y Enrique Zañartu, y con conocimiento de la llegada de su mujer a la estación de Monte Aguila, donde se encontraba también su amigo Aguilar decidió vindicar su dignidad y solucionar en el terreno de los hechos una situación mortificante a su honor; se proveyó al efecto de un revólver, y salió en persecución del ofensor, con quien se enfrentó, apenas lo vió en el corredor del hotel, acompañado de su consorte, esgrimiendo su arma y provocando la lucha durante la cual su adversario quedó mortalmente herido.

12.o) Que lo manifestado por María Canales, testigo ocular, en orden a que Letelier entró al hotel llevando levantada la manta por delante, y que en esa condición hizo el primer disparo en contra de Aguilar, no es contradictorio con la observación hecha por el Juez "a-quo" de que el orificio de la manta en esa parte estaba chamuscado por el revés, ni es incompatible tampoco con las declaraciones del imputado, ya que éste no está cierto en su indagatoria de haber hecho el primer disparo por debajo de esa manta

y sólo dice que le parece que fué así, y, en cambio, afirma que sostuvo una larga y porfiada lucha cuerpo a cuerpo con su rival, durante cuyas alternativas cayeron ambos al suelo varias veces y ello es cierto porque Delfín Muñoz vió el tumulto formado por los dos contendores, y Olga de Ruyt de la Cruz los vió también en el suelo, lo que es bastante para explicar el aparente contrasentido, ya que es lógico suponer que durante una riña en esas condiciones ha variado constantemente la posición de la manta.

13.o) Que, por lo demás, confiesa Letelier que disparó a su adversario todos los tiros de su arma, y así aparece también del parte de fojas 3 y del testimonio de José Andam, de manera que no fueron los únicos disparos los dos que presencié la Canales, y uno de ellos, por lo menos, se hizo a través de la manta del hechor, durante las contingencias del duelo.

14.o) Que el uso de todos los proyectiles del revólver del reo explica su lesión a bala en la mano izquierda, de que da cuenta el dictamen médico legal de fojas 47 vta., porque si bien no se cuidó de especificar la procedencia

del proyectil, el arma de fuego de Aguilar no fué empleada por éste a causa de que Letelier se incautó de ella en los primeros momentos y tuvo libertad incluso para guardarla en uno de los bolsillos de sus ropas, según su propia confesión, lo que se explica porque el reo estima que hirió a Aguilar con el primer disparo de su arma.

15.o) Que el detalle de la herida del acusado se explica más claramente con su narración de los hechos, en cuanto declara que siguió luchando con su rival después de desarmarlo, cuando éste cayó sobre él, al parecer herido y que durante los esfuerzos por conservar su revólver tomó el cañón del arma desviándolo hacia el cuerpo de Aguilar, y que en esos instantes se produjo un nuevo disparo causante de su lesión;

16.o) Que resulta, pues, de la propia exposición del reo Letelier, que la ventaja inicial le favoreció, dado que consiguió desarmar a Aguilar, y herirlo con su primer disparo, lo que no fué óbice para que descargara más tarde todos los proyectiles restantes de su arma en contra del adversario cuando éste yacía inválido en el suelo, al final de la lucha.

17.o) Que la excusa del enjuiciado no fisonomiza entonces el caso justificativo de la defensa propia, que como condición *sine qua non* exige la previa agresión ilegítima de la víctima, notorio como es que el autor material del ataque inicial fué el sindicado, y Aguilar quien procedió obligadamente a defenderse. No puede, pues, ampararse el reo Letelier en el ejercicio legítimo del derecho de defensa, para justificar su delito, ya que el acometimiento que provocó el duelo mortal fué suyo, y siendo así no estuvo de súbito abocado racionalmente al imperativo de impedir o repeler un atentado en contra de su existencia o derechos.

18.o) Que para estos fines no es dado considerar la permanente agresión moral a los derechos del marido, invocada también por la defensa, con motivo de la conducta observada por la víctima en sus relaciones ilícitas con la mujer de Letelier, porque la liberatoria de responsabilidad en virtud de lo prescrito en el número 4.o del artículo 10 del Código Penal, supone exclusivamente un acometimiento o ataque físico a la integridad corporal de la persona o derechos del que se defiende, que coloca al ofendido en el trance extremo de hacerse inme-

HOMICIDIO

255

diata justicia personal, en defecto de otras posibilidades eficaces y oportunas que lo protejan.

19.o) Que se asila también el acusado en la causal de inimputabilidad prevista en el número 9.o del mismo artículo 10 del Código Penal; pero es lo cierto que Letelier Oñederra aparece obrando libre y espontáneamente a través de las realidades procesales, sin coacción ni impulsos extraños que pudieran cohibir su voluntad y obligarlo a actuar como un simple instrumento de los factores externos de fuerza irresistible o miedo insuperable. Fundado igualmente este capítulo de la defensa en la situación moral y psicológica del reo, y en sus inquietudes ante el honor mancillado por el comportamiento de su rival, cumple prevenir que aun cuando estos elementos éticos pudieron lógicamente impresionar de tal manera al agente del homicidio que lo movieran a reaccionar violentamente en vindicación del honor, como se demostrará en seguida, carecen de los atributos de una fuerza irresistible que privando de libertad al malhechor lo obligan violentamente a delinquir.

20.o) Que el citado precepto de ley considera sólo el caso de la

anulación de la voluntad del imputado por la fuerza o el miedo, cuando estos factores son de tal gravedad que, manifestándose con caracteres de irresistibles e insuperables sobre la persona del sujeto, son los determinantes de la acción delictual, porque el hombre no puede contrarrestarlos. Obviamente no fué ésta la situación producida en la especie, ya que ninguna fuerza extraña violentó al reo Letelier, obligándolo coercitivamente a atacar a Aguilar y ningún miedo insuperable pudo impulsarlo, porque al acometer libremente en contra de su víctima nada había en el ambiente que lo poseyera de espanto o terror, susceptibles de trastornar o confundir su espíritu de manera tan grave que dominado por esa emoción debiera fatalmente disparar su arma en contra de Aguilar.

21.o) Que los argumentos fundamentados primero en la situación psicológica del reo frente al amigo de su consorte y en su situación material, después, durante los azares de la contienda no son valederos para justificar este motivo de exención de responsabilidad criminal, porque además de haberse demostrado la inexistencia de la fuerza material o moral determinante y el miedo insupe-

nable, es necesario decir que el adulterio de la mujer es causal eximente de responsabilidad del marido en el único caso de ser sorprendido infraganti, en las condiciones preestablecidas en la Ley, razón por la cual no puede ser invocado para estos efectos, sino cuando el caso coincide con el previsto en el artículo 10 N.º 11.º del Código Penal; y que únicamente es dado considerar para estos objetivos las influencias anteriores o simultáneas a la iniciación del hecho punible, no así las contingencias que sus protagonistas han de afrontar durante el desarrollo de la escena, máxime cuando ésta es materialmente provocada por el que alega la excusa y las hipotéticas adversidades no se acreditan, como asimismo se demostrará.

22.o) Que no concurren, pues, ninguna de las condiciones para eximir de responsabilidad a Mario Letelier, por los dos motivos recién considerados, y siendo así no opera tampoco en su favor la atenuante definida en el N.º 1.º del artículo 11 del Código Penal, dado que para ello es esencial que que se manifiesten en cada caso por lo menos uno de los requisitos exigidos por la ley para que obre la eximente.

23.o) Que asimismo no aparece atenuada la responsabilidad criminal del acusado por la situación a que se refiere el N.º 3.º del mismo precepto legal, ya que no se probó, ni es verosímil, que Aguilar provocara o amenazara inmediatamente antes de ejecutarse el delito al marido de la mujer con quien conversaba a la sazón en la galería del hotel, en forma tan grave que su hostilidad fuera proporcionada al homicidio de que en seguida fué víctima.

24.o) Que mediante el certificado de inscripción inserto a fojas 122 se prueba el matrimonio del reo de esta causa con Lucía Vega Blanlot y, no obstante su vigencia, está demostrado que esta última se relacionaba ilícitamente con Amadeo Segundo Aguilar. Así lo acusan los siguientes datos del proceso: a) la propia Lucía confiesa estas relaciones, declara que aceptó a Aguilar sus requerimientos amorosos y que notificó a su marido de sus simpatías por aquél, con quien eran sus deseos casarse, previa nulidad de su actual matrimonio. Es más, admite la consorte del sindicado que dirigió a Aguilar, desde Santiago, el telegrama de fojas 57; que escribió a Letelier las cartas de fojas 25, 30 y 32, en las que, arrepentida, alude a sus

HOMICIDIO

257

déslices y le implora perdón y reconoce, por último, que las comunicaciones de fojas 36 a 44, irrecusables y delatorias expresiones de ese entendimiento clandestino, le fueron dirigidas por su amante, quien dice se burlaba de Letelier, porque no lo castigaba, a pesar de todo; b) Amatista Hidalgo, cónyuge sobreviviente de Aguilar, asegura que tenía noticias de las relaciones de su marido con Lucía, porque el primero la informaba cínicamente de cuanto sucedía entre ambos, incluso de las manifestaciones más íntimas, y agrega que los vió en una ocasión dentro de una pieza de alojados, en casa de Guillermo Merino, cuyo lecho demostraba que había sido ocupado, y que las cartas de fs. 36 a 44 son efectivamente escritas por Aguilar; c) Julia Cares Molinet, empleada doméstica del matrimonio Letelier-Vega, declara que en ausencia de su marido Lucía estuvo dos veces acostada con Aguilar, en el propio lecho del acusado; reconoce las cartas que Aguilar dirigió a su patrona y suministra otros detalles ampliamente confirmatorios de la reprochable conducta de ésta; d) Guillermo Merino, aludido por Amatista Hidalgo, confirma que tuvo noticias de las actividades clandestinas de Lucía de Letelier con Aguilar, tanto porque éste

mismo se lo comunicó cuanto por las informaciones que le dieron la mujer de Aguilar y Rubén Herrera; e) María Canales, empleada en Santiago de la madre de Lucía, expresa que Aguilar esperó a ésta en la estación de Monte Aguila, desde donde se dirigieron hacia el hotel teatro del suceso; f) Fermin Parra dice haber oído comentar que la Vega y Aguilar mantenían relaciones sexuales; y g) el testigo Rubén Herrera, confirmando a Amatista Hidalgo, afirma que vió a esas dos personas encerrarse en una habitación de la casa de su patrón Guillermo Merino, de lo que informó a éste, y también a Letelier.

25.o) Que es evidente, en consecuencia, la certidumbre que el procesado tenía acerca de la deslealtad e infidelidad de su consorte, y de la intervención activa en ella de su adversario Amadeo Segundo Aguilar, en los momentos de su llegada al hotel de Monte Aguila, en la tarde del dos de Enero de 1946, en cuya oportunidad los sorprendió juntos, en la galería del establecimiento y constató de visu la efectividad de esas relaciones lesivas a su dignidad marital y mortificantes a su honor, cuya sola realidad importa una ofensa grave, en cuya próxima vindicación obró delictual-

mente, resultando favorecido, de esta manera, con la causal de atenuación expresada en el artículo 11 N.º 4.º del Código Penal.

26.o) Que la emoción producida en el marido por la evidencia de la persistente infidelidad de su legítima mujer, en connivencia culpable con Aguilar, es típicamente de esos estímulos tan poderosos e invencibles que por naturaleza son causa de arrebató de la voluntad y obcecación de la inteligencia del agente del delito, cuyo ofuscamiento o descontrol representa un estado psicológico de excepción que el Derecho Penal considera, muy justificadamente, como una circunstancia que aminora la gravedad del acto, por el significado subjetivo de su concurrencia.

27.o) Que no sólo estas dos causales de atenuación operan en pro del reo Letelier. Coordinadamente apreciados los testimonios de Abraham Becerra, Raúl Martínez, Benedicto Díaz, Carlos Velasco, Alfredo Casanova, Carlos Bussenius, Javier Olea, Carlos Letelier, Roberto Matus, Juvenal Mujica, Armando Ghiglino, Francisco Javier Domínguez, Silila Valenzuela y Francisco Ríos, en relación con el prontuario policial

de fojas 81, es fuera de dudas que su anterior conducta ha sido irreprochable, ya que a tal conclusión autorizan todas estas informaciones, ampliamente favorables al acusado y no contradichas por otros elementos de juicio. No es importante que los documentos de fojas 68, 74, 77 y 78 sean inútiles para demostrar esta misma circunstancia por no haber sido reconocidos judicialmente en la forma prescrita por la ley, por cuanto esta deficiencia está suplida por la bondad de la prueba testifical que se acaba de analizar.

28.o) Que los buenos antecedentes del procesado contribuyen, como se dijo, a atenuar su responsabilidad; pero no obran en abono de sus causales eximentes, como lo pretende su defensa, ya que su efecto propio no puede ser otro que el expresamente determinado por el Código Penal.

29.o) Que la atenuante del N.º 10 del artículo 11 de este último cuerpo de leyes favorece exclusivamente a quienes delinquen en carácter de ejecutores de la justicia o agentes de ella al excederse su celo funcionario en la observancia de sus deberes propios. No es esta la situación de Mario

HOMICIDIO

259

Letelier Oñederra, porque no estaba revestido de ninguna de esas calidades, y porque el acto por él ejecutado traduce únicamente su personal reacción ante los agravios y ofensas reiterados de que su mujer y Aguilar lo hicieron objeto con motivo de sus reprochables actitudes.

30.o) Que el proceso por adulterio de Lucía Vega Blanlot es parte de la prueba y su clasificación corresponde a la de instrumento público, cuyo único efecto es el de acreditar el hecho de su otorgamiento, de las fechas consignadas y de que las partes hicieron las declaraciones constantes. En esta inteligencia, no es útil para probar el adulterio de la mujer del acusado, porque hasta el presente no han avanzado las investigaciones más allá de la información sumarial, y no se ha pronunciado ninguna sentencia judicial ejecutoriada que, valorando las probanzas de ese expediente, produzca la cosa juzgada sobre la materia que la defensa de Letelier se propone justificar con este recurso probatorio. Por lo que se refiere a los certificados de matrimonio y defunción insertos a fojas 1 y 2 de ese cuaderno corresponden exactamente a los de fojas 122 y 54 del proceso en que incide el presente fallo.

31.o) Que no concurren en el caso estudiado ninguna de aquellas circunstancias agravantes de la responsabilidad del imputado, y como se encuentra beneficiado éste con tres causales de atenuación, bien calificadas, es posible imponerle la pena inferior hasta en tres grados al mínimo de los señalados por la ley, que lo es el presidio mayor en su menor graduación.

32.o) Que Mario Letelier Oñederra es un delincuente primario, no ha sido condenado anteriormente por crimen o simple delito; sus antecedentes personales y su conducta pretérita aparecen inobjetables a través de este proceso, y el homicidio de que se ha responsabilizado no fué sino la culminación fatal de la conducta censurable y provocativa de la víctima, que arrastró a su consorte a notoria infidelidad conyugal, mancillando con ello el hogar del acusado.

33.o) Que así caracterizado el delito, según su naturaleza, modalidades y móviles determinantes, se destaca por ausencia de toda vulgaridad en su ejecución, en términos que plausiblemente es posible admitir que a no mediar el mal comportamiento de Lucía Vega y su cómplice, Lete-

lier no habría delinquido, lo que a su vez hace presumir que en el porvenir no reincidirá.

En virtud de todo cuanto se ha dicho, de lo dictaminado por el Ministerio Público y de lo prescrito en los artículos 457, 473, 474, 477, 478 y 493 del Código de Procedimiento Penal; 1.º y 2.º de la Ley N.º 7821, se confirma la sentencia de once de Diciembre último, escrita a fojas 129 a 137, con declaración de que se reduce a un año de duración la pena de presidio que se impone a Mario Letelier Oñederra.

Se suspende la ejecución de esta pena con las siguientes condiciones: 1.º) el reo será observado durante dos años; 2.º) su residencia será la actual, en Colicheu; 3.º) quedará sometido a la vigilancia del Patronato de Reos de Yumbel; y 4.º) cancelará las costas de la causa.

Habiéndose observado durante el estudio del proceso que el Juez de primera instancia dispuso que carabineros allanara y registrara la habitación de Letelier, cuando se encontraba ya detenido, para incautarse de los documentos privados que allí se guardaban; que cursó orden para que el servicio de investigaciones esclareciera el

delito, en circunstancias que estaba en posesión de todos los datos necesarios para proseguir la pesquisa judicial puesto que incluso había interrogado ya al inculcado Letelier, a Lucía Vega Blanlot, a María Canales, a Fermín Parra, a Delfín Muñoz y a Olga de Ruyt, vale decir a todos los protagonistas y mayoría de estigos, y que omitió interrogar al juez de subdelegación Félix Navarrete a quien el reo le habría entregado las armas, inmediatamente después de consumarse el hecho punible, oficiase a dicho juez, que actualmente sirve el Juzgado del Crimen de Talcahuano, para representarle que en la primera diligencia debió proceder con sujeción estricta a las normas establecidas en el Párrafo tercero del Título Segundo de la Primera Parte del Segundo Libro del Código de Procedimiento Penal; que la orden amplia de investigar dada a la policía importa una delegación del cumplimiento de sus deberes, claramente determinados en los Párrafos Primero y Segundo del Tercer Título de la Parte Primera del mismo Libro de ese cuerpo de leyes; y que la omisión observada importa prescindir de un elemento probatorio de especial interés para el éxito de los esclarecimientos, que oportunamente debió considerar.

HOMICIDIO

261

Se previene que el señor abogado integrante, don Abraham Romero G., acepta los considerandos y la parte resolutive de este fallo, teniendo además presente que si bien, en atención a los hechos de la causa, no obra plenamente a favor del reo la circunstancia sobre exención de responsabilidad establecida en el N.º 9.º del art. 10 del Código Penal, el espíritu y el fundamento de esa circunstancia y de las demás eximentes y atenuantes que se contienen en los párrafos 2 y 3 del título I Libro II, de dicho Código, tenidos en vista por el legislador al establecerlas, dan especial fuerza y mérito a las circunstancias atenuantes que la sentencia acepta para llegar a las conclusiones y a la penalidad que en ella se consignan respecto del

procesado, cuya voluntad y libertad es notorio que fueron influenciados por estímulos o actos de coerción interna tan poderosos, que naturalmente produjeron arrebatos y obcecación en el inculgado.

Anótese y devuélvase.

Publíquese en la Gaceta de los Tribunales.

Redacción del señor Ministro don Emilio Poblete P.

Emilio Poblete P. — Rolando Peña López. — Abraham Romero G. — Dictada por los señores Ministros en propiedad de la I. Corte, don Emilio Poblete P., don Rolando Peña L. y abogado integrante, don Abraham Romero G. D. Martínez U., secretario.